



ROSAS DE CHAMARTÍN

El Real Madrid está dispuesto a trasladar a sus caballeros del honor hacia los altos de Fuencarral, a construir allí un nuevo estadio (el mejor de Europa) y abandonar el viejo y glorioso solar como si fuera carnaza fresca en manos de la especulación. Y la especulación, como nos tiene acostumbrados, ha pensado en seguida en los niños.

Si la caridad no lo remedia, que no creo que lo remedie, los niños madrileños van a ser sujeto pasivo de un nuevo parque. Sobre la capital de España se cierne la grave amenaza de una nueva zona ajardinada de cinco hectáreas, con piscinas, estanques para que las criaturas puedan jugar con sus barquitos, con pistas de hielo, arrayanes, pérgolas con enredaderas, albercas conectadas con canalillos, fuentes de colores serpenteantes, terrazas floridas, restaurantes, tiendas protegidas por una frondosa, suave y muy amena arboleda. Todo eso se cierne como un grave castigo sobre Madrid, si la caridad no lo remedia. A cambio de tamaño jardín, Madrid podría tener además el pirulí más alto de Europa: una torre de setenta y cuatro pisos y doscientos cuarenta y ocho metros de altura.

Con cien pesetas se podría coger el transbordador para llegar a la cúspide y desde allí arriba, en fascinante panorámica, se vería la porquería que han hecho de esta ciudad. Lo cual no deja de ser otra ventaja.

El paseo de la Castellana alineado de palacetes, un hipotético teatro de la Ópera entre árboles en los altos del antiguo hipódromo, túneles vegetales de fresca sombra por donde discurre un transporte colectivo ordenado y limpio, un tráfico sosegado y las buenas maneras de unos barrios residenciales: todo eso ha quedado como un recuerdo de ciencia ficción. La especulación que en el fondo tiene un corazón de oro igual que si fuera un suave abuelo está empeñada en pensar en nuestros hijos madrileños y nadie será capaz de quitarle la obsesiva idea de construir más parques. Y en el estadio Bernabéu piensa ahora construir otro por todo lo alto (248 metros de alto).

Ya no se trata de ciencia ficción, sino de algo real, fácil de comprobar si los atascos no impiden llegar hasta allí. La zona alta de la avenida se va a descomponer en dos planos: abajo una sucesión enmarañada de túneles ahumados, como catacumbas neocapitalistas embotelladas de coches ocupados por cristianos cabreados; arriba, alimentada por estas oscuras raíces de túneles atascados, una gran alameda de grandes almacenes donde las esposas, provistas de cinturón negro se disputarán el retal, la camisita del niño y el desodorante definitivo que no les abandone a media tarde; arriba crecerá una frondosa pinada de rascacielos con suaves brisas de bióxido de carbono con oficinas de importación de bragas y restaurantes para almuerzos de trabajo y cenas centristas. Y el verdadero parque, el de los automóviles contemplando el espectáculo desde el semáforo.

VICENT.

